

diez y siete de dicho mes, tomando como pretexto la actitud de Austria. Al salir de la Península, iba despechado. Y con razón. El mariscal Victor, si acababa de derrotar á los castellanos en Uclés, esta victoria debía ser tan poco decisiva como las anteriores; Zaragoza, cuyo cerco ahora apretaba Lannes, seguía pasmando al mundo con su heroísmo; le era imposible al invasor establecerse sólidamente en ninguna parte; cuando creyendo sofocado el incendio en un punto volaba á apagarlo en otro, las llamas prendían nuevamente en el primero. Una guerra de esta naturaleza desbarataba los cálculos de Napoleón, acostumbrado á los desenlaces rápidos y ruidosos.



CAPÍTULO NOVENO

La quinta coalición.

pesar de los disimulos y precauciones de Napoleón, y no obstante la tiranía que pesaba en Francia sobre la prensa y la tribuna, algo se había traslucido allí de lo que en España acontecía, y los hombres juiciosos, aunque faltos de entereza para manifestar abiertamente su reprobación, auguraban mal de una empresa á que la fortuna, hasta entonces compañera inseparable del ambicioso corso, parecía rehusar sus favores. La masa del pueblo quejábese de las conscripciones continuas que la diezmaban, arrebatándole lo más florido de la juventud, y los altos funcionarios del Imperio, recelosos de su suerte futura, se asociaban discretamente á estas críticas. Semejante estado de opinión pública, elocuente como síntoma, mas no alarmante como peligro, ofreció ocasión al irritado déspota para desahogar su mal humor. La tormenta descargó especialmente sobre Talleyrand. A lo que se dice, el sagaz diplomático y el nada escrupuloso Fouché, reconciliados tras larga enemistad, habían previsto el caso de que Napoleón muriese en España y trazádose su plan de conducta por si tal eventualidad se presentaba, afirmándose que el mismo Murat, el cuñado del Emperador, antes de irse á Nápoles, les había manifestado estar conforme con ellos, esperando sacar partido, si llegaba el momento, de su popularidad entre las tropas. También se sospechaba que Talleyrand, auxiliado por el propio Fouché, se había convertido, desde las conferencias de Erfurt, en agente voluntario de observación é informaciones al servicio del extranjero. Napoleón había tenido conocimiento de la reconciliación de sus

dos servidores y estaba perfectamente enterado de las hablillas que corrían acerca de sus actos y propósitos, y como quería justificar á todo trance su vuelta precipitada de la Península Ibérica, aparentó dar gran importancia al asunto. Carecía de pruebas en que fundar acusaciones concretas, pero no le faltaron motivos ó pretextos para increpar y ultrajar delante de otras personas á Talleyrand, que aguantó en silencio interpelaciones, reconvenções é insultos. Mas no se atrevió aún, después de escena tan violenta, á privarle de todos sus cargos y honores, limitándose á quitarle su llave de gran chambelán. Fouché era insustituible en el ministerio de Policía, así es que el Emperador hubo de contentarse con reprenderle ante otros ministros y grandes dignatarios sus complacencias para con los antiguos partidos, su escaso celo y la dirección casi facciosa que imprimía al espíritu público. En cuanto á Murat, debido á estar lejos, sólo sintió de rechazo los efectos de la cólera, ya debilitada, de Napoleón.

Este, después de haber dado suelta á su enojo y satisfecho sus resentimientos y orgullo herido, se preparó á lanzar sus legiones contra Austria. La víspera de su partida de Valladolid, había dirigido á los príncipes de la Confederación Germánica una serie de circulares belicosas, previniéndoles que se apercibiesen á la nueva guerra, les anunciaba tener listos ciento cincuenta mil hombres para llevarlos al Inn, sin sacar un solo soldado de España, y añadía, aludiendo al gobierno de Viena: «No es posible concebir ese espíritu de vértigo y locura, precursor de la pérdida de los Estados. ¿Es que las aguas del Danubio han adquirido la propiedad de las de Letheo?». Hay quien culpa al Austria de haber provocado la guerra de mil ochocientos nueve, y la verdad es que Napoleón la había hecho inevitable, abusando inicuamente de la victoria de Austerlitz, quitando á aquella potencia cuatro provincias y la cuarta parte de su población, y como si con esto no la hubiese agraviado bastante, no cesaba de proporcionarle constantes motivos de queja. Austria, desmembrada en Presburgo, excluida de las entrevistas de Tilsit y Erfurt, amenazada cuando el decreto de bloqueo continental, contaba los días por las humillaciones de que era víctima. Como si hubiese perdido su carácter y dignidad de nación europea, se le negaba voz y voto en asuntos tan graves como los de Prusia, Portugal, España, la Toscana, los Estados Pontificios, la Moldavia y Valaquia, provincias estas últimas situadas en sus mismas fronteras. Era natural, por consiguiente, que ardiera en deseos de reparar su honor mancillado. Bajo el impulso de este legítimo sentimiento, el conde Stadión y el archiduque Carlos, nombrado ministro de la Guerra, no levantaban mano en la obra de reorganizar el ejército: se había creado la *landwehr*, y Hungría y Bohemia votaban subsidios para su sostenimiento, mientras las damas más linajudas alentaban á los jóvenes á alistarse en ella y la Emperatriz bordaba las corbatas destinadas á adornar las banderas de sus regimientos. El mismo Emperador, temeroso de que Napoleón reservase á su dinastía igual suerte que á la borbónica, salía de su marasmo y enviaba á San Pe-

tersburgo á Schwartzemberg, cuya verdadera misión consistía en intentar atraer á Alejandro á la causa de la libertad de los pueblos, aunque la aparente era solicitar la mano de la hermana del Czar para un archiduque. La lucha debía revestir el carácter de guerra de liberación. «Vuestros hermanos alemanes que militan hoy en las filas contrarias, decía el príncipe Carlos á sus tropas, sólo esperan ser libertados»; y en otra proclama: «Nuestra resistencia es para Alemania la única esperanza de salvación, nuestra causa es la suya. Con Austria, Alemania ha sido independiente y dichosa, y no volverá á serlo sino con ella.»—«La invasión encontrará débil resistencia; los espíritus están admirablemente preparados», escribía Stadión. Por su parte, Inglaterra, en su afán de suscitar enemigos á Napoleón, prometía cien millones y armaba nuevas flotas para operar más desembarcos en el Continente.

A fin de presentar al Austria ante Europa como responsable de la guerra, Napoleón imaginó que Francia y Rusia unidas le ofreciesen garantizar la integridad de su territorio, si consentía en desarmarse. Se figuraba que este paso acreditaría suficientemente su amor á la paz, y como aun estaba en París Romanzoff, el resuelto partidario de la alianza franco-rusa, le halagó y colmó de atenciones, esforzándose en interesarlo en sus miras: la misma conducta observó con Kourakine, el nuevo embajador de Alejandro. «Por de pronto, les decía, el sacrificio que se pide al Czar, á cambio de las ventajas que la alianza le ha reportado, no es gran cosa; sólo se quiere que realice una demostración enérgica: antes, habría bastado hacerla de palabra; hoy es menester acompañarla de un alarde imponente de fuerza; y si Austria no cede, tanto peor para ella.» Informado el Emperador de Rusia de las pretensiones del francés, fluctuó entre sentimientos contrarios. Prescindiendo del deber de cumplir los compromisos adquiridos, comprendía muy bien que, si Francia experimentaba algún terrible desastre, las consecuencias podían caer de rechazo sobre él, por no haber afirmado aún su dominación en Finlandia, y en cuanto á la Moldavia y Valaquia, Turquía, reconciliada con Inglaterra, se aprestaba á disputárselas briosamente, de suerte que, faltándole el apoyo de Napoleón, estaba expuesto á perder el fruto de sus pasadas complacencias; pero, por otra parte, la desaparición de la monarquía austriaca, que acaso meditaba su aliado, le convenía aun menos, porque no iba Napoleón á destruir aquel Estado en provecho de Rusia, y era evidente que, cuando fuese dueño de las provincias polacas de Austria, tendría en sus manos un arma poderosa contra el imperio moscovita. Alejandro, combatido por ideas tan opuestas, adoptó una actitud equívoca é indecisa. ¡Cuántas lágrimas y cuánta sangre no hubiese ahorrado al mundo, de haberse inspirado en sus antiguas generosas ideas de campeón de la libertad de los pueblos en frente del despotismo napoleónico! Porque entonces sí que era árbitro de los destinos de Europa, gracias á la odiosa política del insolente conquistador. Alemania, trabajada por millares de sociedades secretas, no esperaba más que la señal para